



solemnidad brillaba el sol con todo su esplendor y la tierra lucía sus más ricos productos, perfumándolo todo la brisa del mar, impregnada de las esencias de las infinitas flores que principiaban á entreabrirse.

Habiase dado mayor extension á la sala de ceremonias del alcázar, disponiéndola de suerte que estuviera á la vista del pueblo su interior, adornado con magnificencia. Bajo un espléndido dosel de brocado de oro había dos tronos, una banqueta de terciopelo con franjas, y un poco distante un rico sillón.

Momentos ántes de llegar Colon entraron SS. AA. con mantos y coronas, precedidas de los heraldos, trompeteros y servidumbre, tomando asiento en los tronos. El príncipe heredero ocupó la banqueta, pero el sillón permaneció vacío.

El séquito de D. Fernando y de doña Isabel y los consejeros, se puso á derecha é izquierda del dosel con los dignatarios de Aragon y de Castilla, y más léjos los empleados civiles, los caballeros, los escuderos y los pajes. En el sitio destinado al efecto tomaron plaza las damas de palacio, los prelados, los ricos hombres y la nobleza, y fuera de la balaustrada y de pié, los veedores de ambas coronas y los individuos de la clase media que estaban protegidos por algunos familiares de la córte.

En la calle se apiñaban las masas, levantándose de ellas un sordo y prolongado murmullo. Los balcones, revestidos de flores y colgaduras, estaban atestados de damas, agitando sin cesar los abanicos, y hasta los tejados no eran suficientes para contener espectadores.

Presto comienza á subir de punto el rumor, á crecer y á robustecerse, y trocándose de repente en estrepitosas aclamaciones, al divisar los barceloneses los primeros jinetes del cortejo, penetra atronador por las ventanas de la régia morada.

Aparece rodeada de los oficiales de la expedición la bandera que habia flameado en la *Mar Tenebrosa*, y detras, siendo la admiración de cuantos los ven, los hombres de tez bronceada que fueron bajo ella al traves de tantos peligros, y los desconocidos objetos del nuevo mundo, las plantas y los animales, pero sobre

todo, los desnudos, pintarrajados y temerosos indios.

Llega, al fin, Colon, tan modesto con su magnífico ropaje como cuando se alejaba de los muros de Santa Fé. Mas si en su persona se advertía esa sencillez que engendra la grandeza de alma, el santo gozo que rebotaba su corazón imprimía á su rostro una tranquilidad y dulzura sublimes. Parecía que el esplendor del triunfo, al reflejarse en su frente, rodeaba su plateada cabellera con una aureola divina, y que sus facciones traslucían la misión augusta que habia cumplido.

Al entrar en el salón el revelador del nuevo mundo, como impelidos por secreto impulso, se levantaron los reyes (1) é hicieron ademán de adelantarse, tendiéndole las manos, que él, como bueno y leal quiso besar, con la rodilla en tierra, pero no sólo no lo permitieron SS. AA., sino que doña Isabel lo invitó á sentarse cerca de ella en el sillón dispuesto para el caso, diciéndole: «D. Cristóbal Colon, cubrios y sentaos; sentaos, almirante del Océano y virey del Nuevo Mundo» (2). Y húmedos de llanto sus ojos, enternecida y admirada, no quiso ocupar su trono hasta que Colon se hubo cubierto como un grande de España y tomado asiento (3). Después de hablarle con el mayor afecto, le pidieron los reyes refriese la relación de su descubrimiento.

En vano se ha descrito muchas veces la recepción del almirante en Barcelona, pues siempre los historiadores han olvidado la parte espiritual y cristiana de la solemnidad, callando el discurso de Colon sobre el Nuevo Mundo, y tal vez ignorando esta primera lección de ciencia comparada, que se haya dado en la tierra. Permitásenos, pues, llenar tamaño vacío, y ya que no ha llegado á nosotros el texto de la alocución, restablecer el orden de los hechos y de las ideas generales, cuya exposición tuvo efecto en la audiencia.

(1) «Á su llegada se levantan los benignos reyes.» Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, t. I, lib. IV, 15.

(2) Marqués de Pastoret. *Histoire des découvertes*, MS., p. 96.

(3) El P. Ventura de Ráulica. *La mujer católica*, t. II, p. 323.



Después de pasar tranquilamente la vista en torno suyo, como para que fuere testigo de sus palabras todo el auditorio, comenzó diciendo, que el verdadero carácter de la expedición era cristiano principalmente, y científico y político de un modo secundario, y que los favores que plugo al cielo derramar sobre la nación española con su empresa, parecían ser la recompensa de la piedad y del espíritu religioso de sus reyes: describió el espacioso Océano, hasta entonces vedado á la curiosidad de los mortales, y abierto ya á las naves españolas, y mostró el glorioso estandarte de Castilla llevado por él al hemisferio de los antípodas, el de las innumerables tierras visitadas por la cruz, y narró en seguida, con claridad y método los acontecimientos de su viaje, desde su salida de las islas Afortunadas hasta el día en que partió de aquellas regiones sin nombre de las cuales por la gracia divina (1) era inventor.

Con su instinto de clasificación y de orden empezó por describir el terreno, su aspecto geológico y mineralógico, sus riquezas vegetales y las diversas especies de animales, tanto terrestres como acuáticos, que habia observado. En apoyo de esta exposición general de los productos del Nuevo Mundo, mandó le acercaran las muestras que traía, y así el intérprete de la creación puso una por una ante los ojos de sus oyentes distintas clases de ámbar, barro de colores, propio para hacer pinturas, minerales, conchas, ostras de perlas, piedras preciosas, oro en su soroque, en polvo, en grano, puro y trabajado.

Pasando de allí á los vegetales llamó la atención sobre las gomas y resinas, las plantas medicamentosas, las hierbas aromáticas, las especerías, el palo tinte, las maderas para tallar, el algodón, el maíz, la harina de casave, la caña dulce, y ese tubérculo feculoso, hoy alimento del pobre y que se llama patata.

En seguida, para dar á conocer mejor la

(1) «Expuso las singulares mercedes que por su medio concedía Dios á los pios monarcas. El espacioso Océano, cerrado ántes á todos los mortales, ya patente á las armadas de España, etc.» Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, t. I, lib. IV, § 16.

diferencia de los nuevos países comparativamente con los antiguos, presentó animales extraños, terrestres unos, anfibios otros; ya vivos, ya embalsamados.

Terminada su poética revista de los tres reinos de la naturaleza, se ocupó de la historia del hombre, que es su corona, y señalando á los siete indios presentes, se ocupó de las diferencias características de su raza, de su estado social, de la sencillez de sus costumbres, de sus creencias religiosas, demasiado confusas y limitadas, pero que parecían estar exentas de superstición idólatra, y por ello más dispuestos á recibir con mejor fruto la doctrinas del Evangelio.

La luz de sus ojos, la dignidad de sus maneras, lo persuasivo de su voz, lo poético de sus imágenes, lo atrevido de sus expresiones, lo autorizado de sus ademanes, realzando la novedad de su discurso, tenían suspenso al auditorio, y sólo eran comparables con lo majestuoso del asunto. La expansión de su alma, penetrada de las maravillas del Creador, estaba en armonía con el espíritu de la época y con los sentimientos de aquella córte guerrera, que el año precedente enarboló la cruz en el último torreón de los moriscos.

Oyólo conmovido la ilustre é ilustrada reunión; y mientras el demostrador de las obras de Dios estuvo explicando las maravillas del Nuevo Mundo, no se notó el menor indicio de cansancio ni hastío en ella.

La empresa del descubrimiento se habia acometido, sobre todo, para mayor gloria de Dios, para propagar el cristianismo, y hacer que hasta en los confines de la tierra se bendijera y alabara el santo nombre de Jesus. Y como al concluir su oración anunciara el mensajero de la providencia, que una multitud de almas, privadas de la luz, iban á entrar pronto en el rebaño de los fieles, disfrutando, gracias á la piedad de los reyes, de los beneficios de la redención, y los acentos de su fe y de su caridad infiltraran en los corazones tan consoladora esperanza, el arrobamiento y el fervor llegaron á su colmo. Apoderóse de la asamblea una emoción indescriptible, mezclada de asombro y ternura, y los reyes, los grandes y el pue-



blo cayeron de rodillas, dando muestra de gratitud al Todopoderoso, y llorando con Cristóbal Colon lágrimas de felicidad. La música y los cantores de la capilla real entonan el *Te-Deum*, repite sus notas la inmensa voz del pueblo, y van prolongándose sus ecos como un murmullo por la ciudad, con tanto regocijo de las almas cristianas que, según el venerable obispo de Chiapa, sentían de antemano las delicias del Paraíso.

Luégo se alzó el almirante, conmovido por el entusiasmo que excitaba su presencia, pidió permiso á SS. AA. para retirarse á la casa que se le había preparado, y los dignatarios de la corona fueron acompañándolo hasta la puerta, rodeado de un gentío ansioso de contemplar y aplaudir al nuncio del Señor.

La fama de este acontecimiento, el más grande y más importante para la humanidad y la ciencia, fué extendiéndose por todo el litoral de Europa hasta Oriente.

De Lisboa, de Cádiz y de Barcelona partía la noticia con cada buque, de modo que por Pisa y Liorna llegó á Florencia y á Siena, al mismo tiempo que al senado de Génova por sus embajadores Francesco Marchesi y Giovanni Antonio Grimaldi, que volvían de España, y Pedro Mártir de Anglería se apresuró á escribirla á Milan al conde Juan Borromeo, caballero de la Milicia de Oro (1). El anuncio de este prodigio recorrió en breve los estados cristianos, y desde el Adriático á la Gran Bretaña causó entre todos los marinos una sensación difícil de referir. El célebre Sebastian Cabot, que se encontraba entonces en Londres, dice que el descubrimiento se consideró allí como una obra más bien divina que humana (2), y así lo comprendía el gran navegante. Pero en la capital del mundo cristiano hizo más profunda impresión. La corte de Roma y su sociedad, compuesta de los hombres instruidos y piadosos, que acuden de todos los países católicos á saludar la cátedra de Pedro, se enagenó de alegría, y el sobe-

(1) Petri Martyris. *Opus epistolarum*, lib. VI, epist. CXXXI.

(2) «A thing more divine than human»—*Memoir on Sebastian Cabot*, illustrated, etc., p. 10.—Hackluyt, *Coleccion de viajes*, p. 7.

rano pontífice manifestó su regocijo dando gracias al Señor públicamente, por haber permitido que aquellas naciones, que yacían sumidas en las sombras de la muerte, viesan al fin despuntar la aurora de la salvación.

Como el Sacro Colegio y los fieles, el mundo ilustrado llegó al colmo de sus esperanzas; y los sabios y los cosmógrafos de la biblioteca pontifical, presagiaban infinitas cosas á consecuencia del descubrimiento, que no era más que su principio. El gran maestro de literatura clásica, el oráculo de sus contemporáneos, Pomponius Lætus, rompió en lágrimas (1) de gozo al recibir la nueva del portento; que ya en adelante los héroes de los primeros tiempos, los semidiosos del paganismo, las expediciones fabulosas ó históricas de la antigüedad, se veían eclipsadas con una realidad que sobrepujaba á las fantasías de la imaginación.

El signo de la redención había sido llevado al través de los imponentes espacios del *mare Tenebrosum* por un héroe, modelo de cristianos, cuyo nombre, símbolo maravilloso de la salvación, recordaba la palmeta, emblema del Espíritu Santo, y significaba Porta Cruz, Christophorens, Christophoro; por un hombre de cuyos sentimientos religiosos no podía dudarse, porque desde el 25 de Abril, y de consiguiente, á los diez días de su entrada en Barcelona, se tradujo en latín por Aliander de Cosco, y se imprimió con autorización pontificia en la imprenta de Eucharius Argentinius una copia de su carta á Rafael Sanchez, y nueve días más tarde, dió testimonio el santo padre, con letra de su mano de la sublimidad del mandato conferido por la Providencia á su hijo querido.

Después de tan solemne justificación de su descubrimiento, pudo Colon haber muerto satisfecho; pues si bien no había encontrado aún más que islas, centinelas y avanzadas de un continente desconocido, por este solo hecho tenía revelada la existencia del Nuevo Mundo, y cumplida su misión; pero Dios reservaba á su fervor otras pruebas y otras recompensas.

(1) «Pre lætitia prosiliisete, vix que a lachrymis pregaudio temperasse.»—Petri Martyris Anglii mediolanensis, *Opus epistolarum*, lib. VII, epist. CLIII.



Hay una escuela que se obstina en no ver en la descubierta sino el fruto de la *casualidad*, y cuando más, de la aplicación de una idea nueva en hidrografía, reduciendo así su mérito y sus prodigios á un simple cambio de derrota. Los portugueses, dicen, querían llegar á las Indias por Oriente, siguiendo la costa de África, cuando Cristóbal Colon imaginó alcanzarlas por Occidente, atravesando el Atlántico, y dió con islas, con las cuales no contaba el Asia; luego no encontró lo que buscaba, ni buscaba lo que encontró.

Pero aquella agitación, aquel asombro, aquel entusiasmo, aquellas bendiciones del pueblo en las Azores, como en las orillas del Tajo, en España, como en toda la cristiandad ¿las hubiera podido excitar un cambio de rumbo? Entonces no se sabía en qué estribaba el descubrimiento, ni cuál era su extensión, ni su nombre verdadero; mas la actitud de las gentes era una señal cierta de lo grande del suceso, su curiosidad sin ejemplo provenía de algo extraordinario, comprendía el mundo civilizado que se trataba de los destinos de la humanidad, del engrandecimiento de las cosas, de la dilatación del dominio terrestre. No palpitaron tantos corazones porque las carabelas pusieron la proa al Asia por O., en vez de ponerla al E., sino porque se había ancontrado un nuevo mundo, como lo prueba oficialmente la divisa dada á su descubridor, que dice:

Por Castilla y por Leon
Nuevo mundo halló Colon.

Y sino, que se nos diga si cuando se hallaron las Azores, las Canarias y las islas de Cabo-Verde, ¿hubo semejantes manifestaciones?

Los que atribuyeron el éxito del suceso á la sagacidad de Colon, ó á la superioridad de su saber, ó á su experiencia en la marina, están desmentidos por él mismo; pues nunca atribuyó á su ingenio, ni á su ciencia, lo que ni la ciencia, ni el ingenio hubieran podido darles; sino que por el contrario, dijo terminantemente, «que para la ejecución de la empresa no le aprovechó razón, ni matemática, ni mapamundos,» (1) y es un hecho.

(1) Cristóbal Colon, *Libro de las profecias*, fol. IV.

Un antiguo viajero francés, llamado Thevet, que tuvo ocasión de hablar con personas que formaron parte de sus expediciones, dice, que el almirante no era muy experto en las cosas de la marina; Jerónimo Girava Terracones en su *Cosmografía*, publicada en Milan por los años de 1556, juzgaba al genoves Cristóbal Colon «gran marino, y cosmógrafo mediano;» (1) Humboldt lo declara «poco familiarizado con las matemáticas,» lo acusa de haber hecho «observaciones equivocadas á la altura de las Azores,» y se ocupa de su «carencia absoluta de conocimientos en historia natural;» (2) y un miembro de la Academia Imperial de Ciencias encuentra que «Aristóteles estaba más versado en geografía que Colon» (3) y le extraña su «ignorancia en materia de cosmografía.» Además, si en su tiempo había otros marinos que se suponían más diestros que él, y á los cuales colocó en puesto preferente la opinión, no es posible referir al mérito científico, ni al saber del almirante su obra inmensa. ¿A qué atribuiría entonces?

Digámoslo sin rodeos: la superioridad de Colon, la señal distintiva de su ingenio, lo que constituye su grandeza, es su fe.

La fe no le hubiera infundido la ciencia náutica, hija de la práctica y de la observación; pero como su fe mereció la gracia de Dios, hizo lo que otros no se hubieran atrevido á hacer, justificando de antemano con su ejemplo estas memorables palabras del ilustrado marques de Valdegamas: «Yo no sé de ningún hombre acostumbrado á conversar con Dios, y ejercitarse en las divinas especulaciones, que en igualdad de circunstancias no se aventaje á los demás, ó por lo entendido y vigoroso de su razón, ó por lo sano de su juicio, ó por lo penetrante y agudo de su ingenio; y sobre todo, no sé de ninguno que en circunstancias iguales no saque ventaja á los demás en aquel sentido»

(1) Santarem, *Recherches historiques, critiques et bibliographiques sur Améric Vesputce*, p. 178.

(2) M. de Humboldt. *Cosmos*. t. II. p. 332, 337.

(3) Babinet. *Influence des courants de la mer sur les climas*.



práctico y prudente que se llama buen sentido» (1).

Su asidua contemplación de la naturaleza lo había convencido de que la forma de los grandes cuerpos de la creación, los astros y los mundos, era esférica, é infirió de aquí la redondez de la tierra. Como concibió las obras divinas en proporción á las nociones elevadas que tenía del Creador, y de su fe en Jesucristo y en el Verbo, por quien todo ha sido hecho, encontró confirmadas en las Santas Escrituras, sus ideas cosmográficas. Se penetró de que el mundo estaba formado con plan y cálculo (2); de que en ninguna parte destruían la vida los rayos solares; de que no existían zonas inhabitadas, y de que no podía la *mar Tenebrosa* separar para siempre á las naciones, privando á ciertas razas de conocer al Señor. Creyó firmemente en las palabras del profeta, cuando anunciaba que los confines de la tierra verían la salud enviada por Dios; en que vendrían los pueblos de las regiones del aquilon y de las tierras australes, del otro lado de los mares (3); y no admitió que el Creador hubiese destinado la menor parte del globo para guarida de monstruos y brutos invencibles. De su confianza en el Altísimo dimanaba, pues, su fuerza de voluntad, su paciencia, su resolución, su tranquilidad de alma y el impulso misterioso de acometer y llevar á cabo su obra.

Hé aquí la causa primordial, la base de su proyecto de descubrimientos. Demas está decir que nada tienen que ver con esto las matemáticas, ni las consideraciones deducidas de la geografía, que sólo vinieron en apoyo de sus deducciones teológicas. Para él el cálculo no sirvió sino para comprobar la exactitud de su creencia católica en materia de cosmografía; que la sola ciencia no podía servirle de ningún provecho, en razón á que se apoyaba en ci-

(1) Donoso Cortés. *Ensayo sobre el catolicismo*, etc., lib. II, cap. VIII.

(2) *Omnia in mensura et numero et pondere disposuisti*. Sap. XI, 21.

(3) «Ecce nomen Domini venit de longinquo.»—«Ecce iste de longé venient, et ecce illi ab aquilone et mari, et isti de terra australi.»—*Isaia*, cap. XXX, vers. 27, cap. XLIX, vers. 12.

mientos falsos, como, v. gr. el de que la mar ocupase solo la séptima, cuando cubre más de las dos terceras partes de la tierra.

Sin embargo, la lucidez de la razón, la superioridad del golpe de vista y el ardor de la fe, no bastan para explicar el portentoso resultado de su empresa: en vano sería que nos esforzásemos para demostrar humanamente la obra sobrehumana del descubrimiento. Cuantos han estudiado la vida de Cristóbal Colon, sin exceptuar uno, lo mismo los historiadores contemporáneos suyos, que los cronistas de las Indias, que vieron por sus ojos los apuntes oficiales, han concluido por reconocer en las circunstancias de su llegada á España, en las que le retuvieron en ella, y en las que facilitaron la ejecución de su pensamiento algo sobre el nivel de lo que pueden prever los mortales.

Sin negar rotundamente el influjo de la divina Providencia sobre la humanidad, no puede desconocerse la mano augusta que condujo á Cristóbal, porque si alguna vez el poder superior que preside al gobierno de los mundos, debió manifestarse en éste, fué, no hay que dudarlo, para el suceso más grande de nuestro planeta. Cuando se recogen todos los acacimientos y detalles de la descubierta, se halla necesariamente, con el sabio Cladera que, sería preciso violentar nuestra conciencia para no creer que para tamaña empresa tuvo influjo celestial, ó comercio con el Ente superior que rige á los nacidos (1). El mismo almirante confiesa con su lacónica modestia, que «nuestro Redentor le ordenó el camino» (2) y como en su mente, en su intimo pensamiento, en el fin que se proponía iba tan unido al proyecto de descubrir tierras el triunfo de la cruz sobre la media luna, y la emancipación de los santos lugares, se vió una coincidencia singular y fenomenal entre ciertos hechos y hasta ciertas fechas del viaje. Hélos aquí:

El viérnes, día de la redención, de la conquista de Jerusalem y de la toma de Granada,

(1) Cladera, *Investigaciones históricas sobre los principales descubrimientos de los españoles en el mar Océano*, p. 45.

(2) Documentos diplomáticos, número CXXXVII.



parece señalar los principales incidentes de esta expedición cristiana.

El viérnes se da Colon á la vela.

El viérnes se completa la importante observación de la variación magnética.

El viérnes se divisan los pájaros del trópico, primeros indicios del Nuevo Mundo.

El viérnes aparece la mar de hierba, el gran fenómeno pelágico.

El viérnes 12 de Octubre, se descubre la tierra, y en el mismo día planta la primera cruz en el nuevo suelo.

El viérnes 19 de Octubre, escribe que quiere estar de vuelta en Castilla en Abril, y en efecto, á mediados del mes designado, hace su entrada triunfal en Barcelona.

El viérnes 16 de Noviembre, encuentra una cruz ya preparada en una isla desierta del mar de Nuestra Señora.

El viérnes 30 de Noviembre, manda erigir una cruz de gran tamaño en Puerto Santo.

El viérnes 4 de Enero, parte para España al romper el alba, y á la mitad del mismo día la Providencia le trae al capitán desertor Martín Alonso Pinzón.

El viérnes 25 de Enero, la mar le provee de víveres frescos.

El viérnes 15 de Febrero, se salva de una horrorosa tempestad y divisa las Azores.

El viérnes 22 de Febrero, recobra su tripulación, prisionera de los portugueses.

El viérnes 8 de Marzo la invitación del rey de Portugal, su enemigo, viene á ser el primer testimonio de su gloria.

Y el viérnes 15 de Marzo, entra en triunfo en Pálos.

Entonces solamente fué cuando Colon observó la extraña coincidencia del día de su llegada con el de su partida y las principales circunstancias de su viaje.

Citamos las fechas, y que se deduzca la conclusión que se quiera, no podrá ménos de quedar establecido, que durante aquella expedición los principales acontecimientos tuvieron lugar en viérnes.

Si se agrega á esta coincidencia la de la suerte, que hace recaer en Colon, de cuatro veces, tres, la señal de la cruz, y lo designa así

para dar cumplimiento tres veces á los votos de todos, despues de haber dicho como Washington Irving «que había algo de extraño en la perseverancia de la casualidad en designarlo» (1), convendrémos en que una casualidad, que se adapta tan bien á las intenciones, á los sentimientos y á los deseos de Colon, mereciera de su parte algun reconocimiento, y de la nuestra obtenga alguna consideración.

Cuando el mensajero de la cruz, confesando la ineficacia del compas y del astrolabio para su descubrimiento, declaraba que nuestro Redentor le había dispuesto el camino, atestiguaba una verdad más patente hoy, que en el momento en que la escribía.

Su expedición, emprendida contra las preocupaciones de las gentes vulgares y los datos de la ciencia, por un camino tan temido, es desde el primer ensayo un modelo de navegación, y él, sin saberlo, señaló á las generaciones sucesivas el itinerario más seguro y cómodo; itinerario que, segun Humboldt, es el que siguen todavía todos los barcos de vela que van á las Antillas. Algunos marineros han aconsejado no inclinarse tanto al S. para buscar los vientos alisios, cortar el trópico á veinte grados próximamente al O. del punto en que lo dividen por lo general los navegantes, y abreviar en una vigésima parte el viaje de Cádiz á Cumana; mas esto presenta también «la probabilidad de luchar más dilatado espacio con los vientos variables, que soplan tanto del S. como del SO» (2). El antiguo sistema, el derrotero de Colon, compensa lo largo de la travesía con la ventaja de hallar presto brisas constantes, y gozar de ellas la mayor parte de la navegación.

Pero la vuelta del viere á Europa, es, á no dudarlo, más asombrosa aún que la seguridad con que marchó á las Indias la primera vez, porque no trajo la ruta de la ida, en razón á tener una carabela con la quilla en muy mal estado, otra con la arboladura resentida, y ambas haciendo agua. Eligió, pues, por inspira-

(1) *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon*, lib. I, cap. IV.

(2) Humboldt, *Voyage aux régions équinoxiales*, t. II, lib. I, p. 8 et 9.